



**La plenitud de
CRISTO
en su iglesia**

Maria R. Schwartz

La plenitud de
CRISTO
en su iglesia

La plenitud de **CRISTO** en su iglesia

Maria R. Schwartz



Publicaciones Manantial de Aguas Vivas

Copyright © 2003 por Maria R. Schwartz

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la debida autorización.

E-BOOK


ISBN-13: 978-0-9725575-1-1

Publicaciones Manantial de Aguas Vivas

2440 SW 80 Avenue, Miami, FL 33165

Impreso en EE.UU. por American National Ltd., Miami, FL

Las citas bíblicas fueron tomadas de la Versión Reina-Valera 1960 de la Biblia.

 i agradecimiento primeramente a nuestro Señor Jesucristo por su inspiración y revelación de su Palabra para su cuerpo. A su cuerpo por colaborar con Él en esta pequeña y maravillosa obra; muy en especial a Olga M. Ortiz en motivarme a escribir y toda su labor innumerable, trabajando inagotable horas, diseñadora de la carátula y libro.

Alicia de Armas con Alberto y Christina de Armas por toda su ayuda. Anita Prieto, Ana Fran de Campos y Juan Santelises en corregir las pruebas y la gramática.

¡Al Señor sea la gloria por todo sus hechos!

M.R.S.



La Palabra de Dios es directamente dirigida a la nueva criatura en nosotros; nos edifica en lo eterno de Dios, como también nos alienta y nos fortalece en las situaciones temporales por las cuales estamos pasando.

La Palabra de Dios nos ilumina: nos hace ver más claro, nos da entendimiento de las cosas que antes no habíamos entendido, o que quizás habíamos interpretado o juzgado incorrectamente. A través de la Palabra somos atraídos al Señor, santificados y limpiados, preparados para toda buena obra.

“... *Y* sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (Efesios 1:22-23).

Índice

Prólogo

Prefacio

<i>1</i>	Jesús, el Cristo.	17
<i>2</i>	“... la vida era la luz de los hombres.”.	21
<i>3</i>	Vida en abundancia	25
<i>4</i>	“...hijo nos es dado...y se llamará su nombre...” .	29
<i>5</i>	Nuestro crecimiento y propósito	33
<i>6</i>	Cristo: Fruto, Ministerio y Dones	37
<i>7</i>	La unidad del Espíritu	41
<i>8</i>	Cristo en vosotros.	45
<i>9</i>	El objetivo de los ministerios	49
<i>10</i>	Los dones en el Don	51
	Conclusión	53

Prólogo

¡Qué bendición me ha sido leer este libro “corto” en páginas, pero “grande” en contenido!

En forma sencilla nos presenta el amor de Dios, su manifestación a través de Cristo Jesús y del Espíritu Santo para alcanzar este mundo, transformando vidas (aún las peores) y usándolas como instrumentos de salvación; permitiendo así que ese poderoso mensaje que es La Biblia pueda ser entendido y hecho más real.

Aprovecho para dar gracias a nuestro maravilloso Señor y Salvador Jesucristo por la vida de María Rita, a quién tuve el privilegio de conocer cuando ella era una jovencita que no conocía, ni seguía a Cristo a quien hoy sirve. Qué maravilloso ha sido el verla convertirse en una buscadora y servidora de ese glorioso y poderoso Jesús, quien le ha otorgado el precioso ministerio que hoy realiza mediante la iglesia local, el radio, la obra misionera, y ahora a través de su primer libro: “La Plenitud de Cristo en su iglesia”, Sabemos que el propósito central en la vida de María Rita es que toda la gloria sea para Dios.

Le damos gracias al Señor por ella y la bendición que recibirán los lectores al hacerse la luz de Dios más clara y visible en este “pequeño” y “grande” libro.

Norka Feijóo

Norka Feijoó, Pastora de la Spanish Christian Church en San Antonio, Tejas, EEUU. Está relacionada con el programa de televisión “Enlance”.

En su juventud sirvió como directora de la Obra Juventud Metodista en toda la isla de Cuba y fue ordenada por la iglesia Metodista.

Su amor y dedicación total al Señor Jesucristo vá más allá de los muchos títulos otorgados a su persona.

Prefacio

El contenido de este libro es el mismo de la Palabra que fue ministrada a través de las ondas radiales, con muy pequeñas alteraciones. Las repeticiones que puedan encontrar son las necesarias para dar más claridad, o en algunos casos énfasis a la Palabra.

“En parte conocemos”, y sólo podemos proclamar la verdad presente en la cual estamos establecidos. Es mi oración que al leer este libro sean bendecidos con más del conocimiento de Cristo y su amada iglesia, para la alabanza de la gloria de su gracia.

Maria R. Schwartz



“Jesús, el Cristo”

En el libro de Isaías se declara proféticamente la primera venida del Señor:

“Por tanto el Señor mismo os dará señal:
He aquí que la virgen concebirá, y dará
a luz un hijo, y llamará su nombre
Emanuel” (Isaías 7:14).

Cuando Jesús comenzó su ministerio Él estaba con su pueblo. Las personas se congregaban a su alrededor por los milagros y sus palabras. Él se extendía hacia la humanidad mostrando el Dios verdadero de amor, misericordia, poder y autoridad. Todo fue declarado y manifestado en la vida de Jesús. Muchos lo veían como Jesús de Nazaret; otros, como un gran profeta que hacía muchos milagros.

La meta de Dios en “Emanuel” (Dios con nosotros) fue cumplir las escrituras. Él vino en “Jesús” (Jehová salva) para morir y resucitar por nosotros.

“Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mateo 1:21,23).

Jesús, el Cordero de Dios, Dios mismo hecho carne, al derramar su sangre, estableció el Nuevo Pacto que jamás será revocado, pues Él mismo lo cumple en nuestros corazones (Hebreos 8:6-13).

“...esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama”
(Lucas 22:20b).

Él nos ha justificado y lavado en su sangre para vivir en nosotros. Sin el sacrificio de Jesús el Espíritu Santo no hubiera podido venir a morar en nosotros.

Los discípulos de Jesús no fueron atraídos a Él tanto por los milagros, como por la Palabra. Pedro declaró: “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6:68). El Señor, conociendo los corazones de ellos, quiso revelarles y darles a entender los misterios del reino. Asimismo, es sólo por revelación que podemos ver a Jesús como el Cristo:

“Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos”
(Mateo 16:16-17).

La palabra “Cristo” significa “el Ungido”. Él es la unción de Dios que opera en nosotros y a través de nosotros. Hoy en día tenemos a Dios en Cristo Jesús

en el Espíritu. Por consecuencia, la visión para ver al Cristo está en su iglesia y es para aquéllos a quienes Él lo quiera revelar.

En su unción, el Señor nos envía para declarar este misterio:

“Cristo en vosotros la esperanza de gloria” (Colosenses 1:26-29).



“...y la vida era la luz de los hombres...” (Juan 1:4)

“El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos” (Isaías 9:2).

Dios escogió entre los pueblos del mundo, un pueblo. Isaías 9 habla de “el pueblo” en singular, no “los pueblos” en plural.

Así como entre las generaciones de Adán Él escogió al pueblo de Israel, para hacer de ellos un pueblo entre los pueblos, nosotros hemos sido escogidos de entre los pueblos del mundo para ser su pueblo: la generación de Jesucristo, el postrer Adán en el Espíritu (1 Corintios 15:45).

¡Qué precioso es ver el cumplimiento de esta profecía de Isaías 9:2 en Juan 1:4, “En él estaba la vida, y ‘la vida’ era ‘la luz’ de los hombres”! La luz que resplandeció sobre ellos fue una vida que se les dio. A través de la vida, vino la luz y pudimos ver. No es que primero recibimos luz para tener vida, sino que “la vida”, que es “Jesucristo”, vino a nosotros y nos dio luz. Nosotros nunca hubiéramos podido por nosotros mismos tener el discernimiento para

escoger al Señor. Por eso es que hemos sido escogidos por Él. El Señor vino y nos escogió, y nos dio vida en la cual podemos ver y discernir entre la luz y las tinieblas.

Vemos este mismo principio en Efesios 2:1:

“ Y él os dio vida (o luz) a vosotros, cuando estabais muertos (ciegos, sin luz) en vuestros delitos y pecados.”

Estábamos en nuestra vida de corrupción, y hoy somos el pueblo que andaba en tinieblas, y que vio gran luz.

“...con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados”
(Colosenses 1:12-14).

Basado en esto, podemos entender mejor la Escritura en Isaías 9. Dios nos ha trasladado a un reino, el de su amado Hijo. El mundo lo podrá ver como Jesús de Nazaret; pero Él es más que aquél que caminó entre nosotros: Él es Cristo Jesús, el Ungido de Dios, la Vida que brota de nosotros, la cual también nos sostiene.

Cuando Moisés subió y estuvo con Dios en el monte, su rostro resplandeció. Él estaba en luz, en

conocimiento y participando de la misma vida de Dios allí. Ahora bien, a los que han sido escogidos por Dios en Cristo —los que moraban antes en tinieblas— les ha venido la vida, y esa vida ha dado luz a sus corazones.

¡La luz ha resplandecido en nuestros corazones por el evangelio de Dios!



Vida de abundancia...

“Multiplicaste la gente, y aumentaste la alegría. Se alegrarán delante de ti como se alegran en la siega, como se gozan cuando reparten despojos. Porque tú quebraste su pesado yugo, y la vara de su hombro, y el cetro de su opresor, como en el día de Madián” (Isaías 9:3-4).

Cuando la vida de Dios viene a nosotros el resultado es “liberación”. Cuando somos liberados hay multiplicación, porque la vida de Dios al no estar estancada, va en aumento. Se nos multiplica la alegría, aumenta la congregación, aumenta la obra, todo va en aumento. “La luz de la aurora, que va en aumento...” (Proverbios 4:18).

Nosotros, cuando nos encontramos en Él, vivimos una vida de abundancia. La vida que Dios tiene para nosotros no es una vida aburrida ni de estancamiento, porque no consiste en las cosas que se ven, sino en Él mismo y en la relación con Él. Ahora, si nuestra vida en Él gira alrededor de las cosas temporales, entonces esas cosas pueden apagarla.

Pablo siempre dice, "...por esta causa..." Todo lo que hacemos en Cristo tiene una causa. ¿Qué es lo que nos motiva a hacer las cosas? Si lo que nos motiva a creer en Él son las cosas que Él da, estamos muy mal. Si lo que nos motiva a creer en Él son sus bendiciones, o nuestra seguridad en esta tierra, estamos muy mal. Todo será sacudido, dice su palabra "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán" (Mateo 24:35).

"Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén" (Romanos 11:36).

Si nuestra causa está centrada en el Señor, y es de él, y por él, y para él, entonces ella va a determinar qué clase de vida tendremos en Él, va a definir cuál es nuestro objetivo, propósito y motivación para hacer todas las cosas.

Lo que causó que Pablo se diera a Cristo fue la revelación del misterio del cuerpo de Cristo. Él recibió el conocimiento de que tanto los judíos como los gentiles tenían el mismo derecho en Cristo Jesús, como hijos de Dios. No había diferencia entre ellos, tenían el mismo mérito, la misma substancia, la misma sangre. Fue esta revelación la que conmovió y deshizo a Pablo. Él dio totalmente su vida, a la vida de Cristo en él. No estimó sus padecimientos, ni dónde se encontraba; podía estar lo mismo en la cárcel como afuera. El fue enseñado por Dios a estar satisfecho en todo. ¿Por qué? Porque su meta nunca

fue lo temporal; sino lo eterno. Esta es la clave: Dios mismo (Efesios 2; 1 Corintios 12:13; Gálatas 3:28).

Mientras más nos demos al Señor, más le conoceremos, y su vida irá en aumento como la luz de la aurora. Su vida es abundante.

4

“...hijo nos es dado...y se llamará su nombre...”

El Padre amó al mundo y dio a su Hijo (Jesús, el Cristo) para salvación del mundo. Llamó a su iglesia a salir del mundo (esclavitud y tinieblas) para ser de Cristo.

“...y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (Isaías 9:6).

Se nos ha dado un niño que llegará a ser hijo. Cuando nacemos de nuevo somos primero como un bebé. Un bebé siempre está pendiente de la madre, no porque la ame, sino porque ella lo ama y sostiene su vida. El bebé depende de ella para todo, no puede existir por sí mismo. ¡Qué preciosa ilustración de Dios y nosotros! Al nacer de Él somos bebés que Él alimenta y sustenta con Su Palabra.

Al crecer en Él se nos da la potestad de ser hechos hijos, tenemos mas conocimiento. Conocemos mas la belleza de nuestro Padre, lo que Él es, sus sentimientos, su corazón. El Hijo nos es dado, y el principado es sobre el hombro del Hijo. El principado está sobre su hombro, sobre su cuerpo.

Ahora podemos ver al Señor: el Cristo que ama su iglesia y se entrega por ella. El Hijo está en nosotros, y nosotros declaramos su Nombre por su Espíritu. El pueblo que no ha sido iluminado, que no ha recibido la vida de Cristo, no puede declarar su naturaleza. Sin el Hijo, no se puede conocer los aspectos de Dios. Los escogidos, quienes le han recibido, tienen la provisión de todo lo que es Él.

Vimos a Jesús hombre, que vino por medio de la virgen María. Ahora vemos a Jesús, el Cristo, que se manifiesta por medio de su pueblo, la iglesia que Él ha escogido para recibir su vida. Él se manifiesta a ella, en ella y a través de ella como el Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz.

¿Cómo hemos creído?

Hemos creído por la Palabra que llegó a nosotros por medio de la predicación, por medio de alguna literatura, o de alguien del Señor que proclamó Su Nombre a nosotros. En algunos casos quizás venimos a la Palabra por causa de alguna manifestación del Señor que hemos experimentado o presenciado. Hemos sido enseñados por Él a través de los miembros de su iglesia. Al llegar a Él recibimos de Él directamente, porque todos llegamos a la cabeza, por el Espíritu.

“...por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Efesios 2:18).

En Jesús, el Cristo, opera toda la plenitud de su Nombre (Colosenses 1:19). Lo vimos a través de los

milagros, la Palabra y el amor en los evangelios. Todos los llamados de Dios lo admiraban, todos querían acercarse, porque de Él salía la vida, la plenitud de Dios. Ahora “Él” se nos ha dado en Espíritu, está en nosotros, su amada iglesia (Efesios 1:22-23).

5

Nuestro crecimiento y propósito

La Palabra es dirigida a los hijos de Dios. El hijo que ya ha madurado en Cristo sabe distinguir y entresacar lo precioso de lo vil.

“Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones...” (1 Pedro 2:1).

Así como lo expresa este versículo, hay cosas que están dentro del ser humano, y no fuera, las cuales necesitamos desechar. No podemos echar fuera estas cosas, ni ellas se van por sí solas, pues son de la vieja naturaleza donde el enemigo opera y tiene poder; pero sí podemos escoger lo que Él ha puesto a nuestra disposición:

“...desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor” (1 Pedro 2:2-3).

La leche espiritual es la Palabra que Dios le da a su iglesia. La Palabra no está centrada en el hombre,

sino en el Hijo, en Cristo Jesús. La Palabra que viene por el Espíritu de Dios no tiene la sabiduría del hombre, ni la mente del hombre; no es adulterada porque es de su Espíritu a nuestro espíritu. Por ella vamos a alcanzar salvación (salud), al haber gustado del Señor.

“Acercándoos a Él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:4-5).

Como “piedras vivas” somos participantes de lo de Él, en Él. O sea, no nosotros en la carne; sino como sus miembros espirituales.

El sacerdocio del tabernáculo en el desierto era terrenal, tenía que ver con las cosas visibles. Nuestro sacerdocio es un sacerdocio en el espíritu y en la verdad. Él busca adoradores que le adoren en Espíritu y en verdad (Juan 4:23). La gloria de Dios manifestada en Jesucristo era en gracia y verdad (Juan 1:14).

El sacerdocio de adoración a Él viene de nuestra vida espiritual. Él quiere que nosotros ejercitemos esa vida para que seamos edificados. Él es quien edifica su iglesia por medio de su propia vida en nosotros. Los miembros de Dios no son carnales; son espirituales: son apóstoles, profetas, evangelistas,

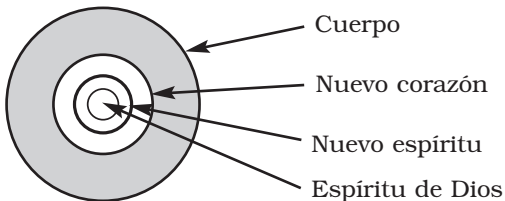
pastores, maestros. Sus dones manifiestan al Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz.

Somos sus miembros para que Él manifieste su vida. Vemos al Padre eterno en hermanos que tienen el ministerio pastoral, vemos a Dios en la transformación y el uso que Él hace de las vidas (no importa cuan malas sean) que se entregan a Él; vemos al Dios fuerte a través de milagros y señales, y Él lo hace por medio de su Palabra y de su cuerpo. Lo que operaba en Jesús hombre —el Cristo— ahora opera en su iglesia. Él es la esperanza de gloria. ¿Quién se va a glorificar? Dios. No la iglesia, ni las vasijas; sino Dios. El Hijo viene a glorificar al Padre. Cuando estamos en el Hijo, glorificamos al Padre.

6

Cristo: Fruto, Ministerio y Dones

El “fruto” es el producto de nuestra unión con el Señor, nuestro espíritu con su Espíritu. Nuestro ser espiritual es el elemento principal para colaborar con Él. Tenemos que ser **de Él** antes de ser **para Él** (1 Corintios 6:17; Juan 15; Gálatas 5:22-24). El “fruto” es la naturaleza de Dios en nosotros.



“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Ezequiel 36:26-27).

Su Espíritu se une a nuestro nuevo espíritu. Todo es nuevo: vino nuevo en odres nuevos. Por

medio de la sangre de Jesucristo, Dios nos ha comprado para sembrar en nosotros su naturaleza. Nuestro espíritu se nutre de la Palabra, la cual es espíritu y vida (Juan 6:63). Un bebé en el Señor necesita tomar leche por un tiempo, después necesita ser ayudado a dar sus primeros pasos, para que luego camine por sí mismo. Un bebé no puede ejercer cargos en la iglesia; pero es recipiente del amor y cuidado de Dios a través de la iglesia (Isaías 6:12; 1 Pedro 2:1-2).

Jesús manifestó el fruto y las obras del Espíritu Santo en su vida. El fruto es: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza.

Si Jesús hubiera manifestado el fruto sin las obras, Dios no se hubiera manifestado en nuestras vidas. Las obras del ministerio son para salvación, restauración y liberación.

Los ministerios y los dones son para servicio.

“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”
(1 Pedro 2:9).

No seremos; sino que somos linaje escogido, real sacerdocio, nación santa. Aunque estemos en este cuerpo de carne, somos una nueva criatura espiritual en Cristo.

¿Quién va a anunciar a Cristo? ¿Quién lo va a proclamar? La iglesia, la cual es el objeto de Su amor, la cual lo está conociendo y está participando de Su vida.

La verdadera iglesia es muy diferente a lo que el hombre ha llamado "iglesia". La iglesia somos nosotros las veinticuatro horas del día. El Padre debe tener acceso a su hijo en nosotros las veinticuatro horas del día, siendo Él la cabeza de Su cuerpo. Él despierta a sus miembros para interceder, alabar y servir cuando a Él le place. Nosotros, como Jesús, debemos darle la preeminencia a Él, y estar dispuestos a servirle (Romanos 12:1); y Él dá el amor necesario para que su obra pueda ser realizada con ese amor que nos permite hacer todo sacrificio necesario para servirle.



La unidad del Espíritu

Al repartir los panes y los peces, el Señor mandó a la multitud a sentarse en grupos de 50 y 100. Este es un ejemplo de las iglesias locales. En grupos pequeños, los hermanos se conocen, tienen comunión y pueden edificarse unos a otros por medio de los dones y ministerios.

“Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor...” (Efesios 4:1,2).

Es mejor disfrutar que soportar; pero cuando nos soportamos unos a otros, maduramos. Muchas veces queremos huir de las pruebas; pero a través de ellas adquirimos paciencia. Los niños no quieren tener paciencia, ni madurar; pero a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien.

El principal propósito de soportarnos y amarnos es que el Señor sea reconocido en medio de su iglesia. Él es amor, y es en amor que está todo el funcionamiento de su iglesia.

“...solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efesios 4:3).

Nosotros no podemos llevar a cabo la unidad en el Espíritu, porque ya está hecha. Lo que nosotros debemos hacer es guardarnos, no dejar que nada interfiera con esa unión. La palabra declara la unidad del Espíritu:

“...un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos” (Efesios 4:4-6).

No hay más que un cuerpo y una sola esperanza, la esperanza de que Cristo sea glorificado; no que nosotros seamos levantados, sino Cristo.

La unidad no consiste en estar de acuerdo en nuestras opiniones, sino en estar unánimes en el Espíritu y en la verdad. Este es el fundamento de nuestra fe. Lo más importante es que procuremos guardar la unidad en la verdad. Las diferencias de opiniones y de caracteres, el Señor las acomoda.

Si viene una doctrina errónea, no podemos aceptarla ni estar de acuerdo con ella. No podemos comprometer la verdad por mantener la unidad. En la verdad esta nuestra unión y nada nos podrá separar de Él (Gálatas 1:8).

“...según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (Efesios 4:16).

El Señor se ha revelado a través de su palabra, sus ministerios y sus dones...

Los dones y los ministerios fluyen a través del cuerpo en unidad. Si nos vemos en la carne, no vamos a recibir unos de otros; pero si nos vemos en Cristo —nuestra unidad— Dios nos edifica.

A través de su cuerpo, la iglesia, Él cumple la palabra que le dio a Jeremías:

“...te he puesto en este día...para arrancar y para destruir...para edificar y para plantar” (Jeremías 1:10).

Estos son dos aspectos de su obra. El viejo hombre y su vieja naturaleza están siendo arrancados y destruidos, mientras la nueva naturaleza está siendo edificada, fortalecida y madurada.

“...creados en Cristo Jesús para buenas obras...” (Efesios 2:10).

La iglesia es una compañía de creyentes establecida sobre el fundamento del amor, que es Jesucristo mismo.



Cristo en vosotros

“...a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo, por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres” (Efesios 4:7-8).

El misterio de la gracia de Dios que se manifiesta en nosotros, está en nosotros y también corporalmente en el mundo.

“Emanuel” (Dios con nosotros) está en el mundo a través de su cuerpo, la iglesia. Sus pies tocan la tierra, “la tierra es el estrado de sus pies.” Nosotros tenemos una gran comisión: predicar el evangelio por todo el mundo. Sus pies se cansan, se fatigan, se ensucian. Él es la provisión y es suficiente para todos, pues con Él reinamos y por medio de Él somos más que vencedores.

A continuación una breve descripción del funcionamiento de los ministerios:

“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros...” (Efesios 4:11).

Estos no son dones sino personas. Él dio personas capacitadas en Él y por medio de Él. Tenemos unción apostólica en su cuerpo, es decir somos enviados.

Los apóstoles y los profetas reciben la revelación del fundamento y la declaran; o sea, sacan a la luz lo que ha sido establecido por Dios. Estos ministerios funcionan bajo la unción profética.

Los profetas no sólo declaran las cosas que van a suceder, sino también traen revelación y dan a conocer, por las escrituras, el fundamento. Los apóstoles ministran en el fundamento de la Palabra, y lo declaran para formación de núcleos eclesiásticos. Son enviados a establecer y edificar la iglesia (Efesios 2:20-22; 1 Corintios 12:27-28).

Los evangelistas traen buenas nuevas. El énfasis de su servicio está basado en la salvación y la gracia de Dios. Ministran y exhortan al cuerpo a permanecer en la fe. Tienen carga por los que están en el mundo sin la salvación de Dios.

Los pastores están siempre atendiendo la grey de Dios en amor, cuidando y velando por ella. Llevan a las ovejas a sana doctrina, a los pastos verdes y son más de uno en las iglesias locales. "El Pastor de la iglesia" es Jesucristo, se manifiesta a través del ministerio pastoral en pastorear la grey de Dios (1 Corintios 3:8-9; 1 Pedro 5:1-4; Tito 1:5; Filipenses 1:1).

Los maestros enseñan por medio de las escrituras la verdad que ha sido revelada, de manera que el creyente la pueda entender más claramente para

ponerla en práctica. Son celosos de la sana doctrina y de guardar la verdad (Hechos 18:24-28).

Estos cinco ministerios son del Hijo a través de su iglesia.



El objetivo de los ministerios

(Efesios 4:12-14).

Los ministerios tienen un objetivo, la edificación del cuerpo de Cristo. Ellos van a manifestar todo lo que es Cristo a través de su servicio. Cristo es el pastor, el maestro, el evangelista, el profeta, el apóstol. La iglesia pondrá sus ojos en Cristo y no en ellos. Estará centrada en Cristo, permaneciendo en el fundamento, no llevada por viento de doctrinas.

Los dones, sin el fundamento, pueden llevar a muchas doctrinas de error. Cuando vino el mover del Espíritu Santo a la religión se comenzó a llamar a estos creyentes “carismáticos”. Al no tener fundamento en la Palabra, se desviaron a muchas otras cosas. Profetizaron, hablaron en lenguas y hubo una mezcla ¡muy grande! En lugar de mantener los dones en el fundamento, Jesucristo, la Palabra, los llevaron al plano del alma. Necesitaban lo que Dios ha provisto para su iglesia, los ministerios, para establecerlos en la verdad.

Aquellos que se han quedado en grupos carismáticos, se han quedado con las apariencias: evangelizan, cantan los cánticos, hacen buenas obras; pero sin fundamento. Cuando evangelizan,

llevan los convertidos a la gran Babilonia. Jesucristo —que es el único camino— es presentado como otros muchos “caminos”. La Palabra está adulterada.

O permanecemos en la Palabra y seguimos en la verdad, la cual nos hace libres; o regresamos a la mentira. Con tristeza sabemos que no nos quedamos igual, sino que retrocedemos. Debemos de orar para que seamos guardados en la verdad. Debemos de orar, y atesorar lo que hemos recibido por gracia, y permanecer en ello.

10

Los dones en el Don...

En el cuerpo de Cristo a través de sus dones, Él ha dado palabra de sabiduría y palabra de ciencia (podemos tener inteligencia y ciencia por medio de Él), don de fe, dones de sanidad, milagros, don de profecía (no dice “profeta”, dice “profecía”, que es ministrar en ese don en medio de la iglesia, y es diferente al ministerio profético) don de discernimiento de espíritus y diversos géneros de lenguas, interpretación de lenguas, los que ayudan (¡qué importante es no rechazar al que quiere ayudar! Es de crecimiento a quien lo ejercite y bendición al que lo recibe), los que administran (1 Corintios 12:8-10, 28).

¡Cuánto los necesitamos!

Ninguno de los dones es en vano, ni sobra. Todo es necesario para la edificación de la iglesia. No sólo la palabra fundamental proclamada es necesaria, son necesarios también los dones. ¡Qué completo es nuestro Dios!

En Romanos 12:8 encontramos otros dones: exhortar y repartir, presidir y tener misericordia. El don de exhortar es uno de los más difíciles pues la Palabra no es siempre recibida por la persona, o congregación. Al rechazar la Palabra también la

persona que la trae es rechazada. El ministro tiene que permanecer en amor y gracia.

Los dones fueron repartidos en su iglesia por su Espíritu como Él quiso. ¡Qué precioso es poder ver a Cristo en su iglesia! Por medio de la unción Él nos capacita para ministrar lo que es de Dios en Cristo Jesús. Él es “glorificado” por medio de su Hijo en nosotros.

Para concluir, leamos 1 Corintios 12:29-31:

“¿Son todos apóstoles? ¿son todos profetas? ¿todos maestros? ¿hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones de sanidad? ¿hablan todos lenguas? ¿Interpretan todos? Procurad pues los dones mejores. Mas yo os muestro un camino aun más excelente.”

Conclusión

El amor...

El camino más excelente es el amor, Dios es amor. Todo debe de funcionar a través del amor. El amor con que Él nos amó es el mismo amor con el cual podemos amarle y amarnos unos a otros. Si no es en amor, todo es en vano. Este amor no es humano. Si nos damos a su servicio y dejamos el primer amor, de nada sirve.

El Señor nos ha llamado para estar en comunión con Él. Al permanecer en el primer amor, somos capacitados para funcionar en amor y nosotros no recibiremos la gloria; sino que todo va ser dirigido a Él, colaborando con el fundamento.

De nuevo, cuando no hay fundamento, cuando no hay palabra de establecimiento, las personas quieren tomarse dones y ministerios que no les corresponden. Dios no hace diferencia de ministerios y dones, todo es de Él y por medio de Él (Hebreos 1:1-2; Romanos 11:36).

Amados, cada uno de nosotros tiene un don, un ministerio, un talento, el cual hemos recibido del Señor con el propósito de que otros vengan al fundamento, al orden perfecto de Dios. Los ministerios de establecimiento acompañados por los dones, funcionan para alimentar, sanar, ayudar y

edificar su iglesia. Estos ministerios y dones operaban en Jesús de Nazaret y ahora son dados en el Espíritu a su iglesia... “La plenitud de aquel que todo lo llena en todo” (Efesios 1:22-23).

Presentémonos a Él, a quien le pertenecen nuestros cuerpos, y adorémosle con nuestro servicio, echando todas nuestras ansiedades sobre Él, pues Él tiene cuidado de nosotros. Amén.

Para los que aman a
Cristo y su iglesia,
encontrarán a través de estas
páginas una fuente de
conocimiento del misterio de
Cristo dado a la iglesia.

Es el deseo del autor
que la iglesia del Señor
no permanezca en ignorancia
sino que cumpla su propósito
en ser columna y baluarte
de la verdad.



Publicaciones Manantial de Aguas Vivas

ISBN 0-9725575-0-4



9 780972 557504